

basilica de los santos mártires, restaurada por el Papa Adrian I, no existe ya. Nos fué, pues, imposible continuar allí nuestro estudio de las pinturas primitivas. Lo seguimos, sin embargo, con ayuda de otros monumentos, bajo el punto de vista cronológico en donde lo habíamos dejado ayer.

Uno de los asuntos que se reproducen á menudo en las Catacumbas es el sacrificio de Abraham. La piedad de la Iglesia naciente lo quería así por dos razones. Desde luego Isaac inocente y no obstante esto, inmolado por su padre, de quien era querido como único, pintaba con tanta energía como verdad al cristiano de las Catacumbas. Isaac, de la ley nueva, tiernamente amado de Dios, y no obstante, entregado por sus órdenes á la espada y á la hoguera. ¡Qué lección de inefable ternura, de resignación, de confianza, de generosa sumisión, no inspiraría á los neófitos la vida de aquella escena patriarcal, figura anticipada de su estado presente! En seguida era necesario para conservar su valor entre tantas pruebas, ofrecerles muy frecuentemente el ejemplo del Dios príncipe consolador y sostén de los mártires; pero las circunstancias no permitían representarlo en la cruz.

Aquí se presenta la explicación de un punto muy interesante en la historia de la arqueología primitiva. Hemos visto ya que la cruz no se encuentra nunca ó casi nunca ni en los sepulcros, ni en las inscripciones, ni en ningunos monumentos de la más alta antigüedad. Hablo de la cruz ordinaria y no de la cruz de San Andrés. Con mayor razón nunca se encuentra el crucifijo. ¿Por qué faltan estos signos venerables?

Sabemos por el mismo San Pablo que la cruz era un escándalo para los Judíos y una locura para los Gentiles. Pintarla ó esculpirla en las cryptas de las Catacumbas en donde se reunían con los neófitos

los catecúmenos, y aun paganos y Judíos deseosos de conocer la religión, hubiera sido una falta de prudencia. La vista de este signo hubiera escandalizado á los Judíos, hubiera excitado la burla y el desprecio de los Gentiles, hubiera desconcertado los espíritus todavía imbuidos en preocupaciones y hubiera producido en aquellas almas novicias el efecto de un alimento demasiado nutritivo en un estómago débil ó enfermo. Así, por debilidad de ellos, no se representaba ni el crucifijo ni aun la cruz en su austera desnudez. ¹ Además, lo hemos dicho ya, aquellos signos eran necesarios al corazón y al espíritu de los cristianos. Para conciliar todas las dificultades, guardábanse de pintar ó de esculpir el crucifijo, y se disfrazaba la cruz y el misterio que ella recuerda cubriendo ambas cosas con figuras y emblemas.

Así, entre los antiguos la cruz afectaba cuatro formas diferentes, ó más bien había cuatro géneros de cruces: la cruz sencilla, *crux simplex*, que consistía en un simple poste en el cual se fijaba á los malhechores por medio de clavos ó con cuerdas; la cruz compuesta, *crux composita*, que se dividía en tres especies: la primera era la cruz llamada *crux decussa*, que consistía en dos trozos de madera unidos por la mitad, formando la X de los griegos ó la X de los Latinos; nosotros la llamamos cruz de San Andrés en memoria del apóstol que fué fijado en ella; la segunda, llamada *crux commissa*, tenía la forma de la T mayúscula de los Griegos ó la T de los Latinos; la tercera, llamada *crux immissa*, dejaba pasar el tronco encima de los cruceros; esta es nuestra cruz común. ²

En estas dos últimas formas no se en-

¹ Bosio, *Roma subt.*, lib. V, c. X; Tertull. *contr. Judaeos*, c. X; y *adv. Marcion.*, lib. III, c. XVIII.

² Véase á Gretzer, *De Cruce*, lib. I, c. I; Lipsius, *De Cruce*, lib. I, c. VI, VII, VIII, IX; Sandini, *Hist. famil. sacr.*, p. 236.

cuentra la cruz en las pinturas de la más remota antigüedad, sin duda porque era difícil ocultarla. Otra cosa sucede con la cruz de San Andrés. Un emblema ingenioso la ocultaba fácilmente á los ojos inexpertos y la hacía pasar simplemente por la inicial del nombre adorable de Nuestro Señor. En efecto, en los monumentos primitivos nada es tan frecuente como el monograma del Cristo, que tenía la doble ventaja de dar, sin descubrir, el nombre de la gran Víctima y de representar, sin ofuscar, el instrumento de su suplicio. Más tarde, cuando se representó la cruz en las pinturas cristianas, se tuvo cuidado de cubrirla de perlas y de rodearla de rosas. Esta es la cruz aperlada, *crux gemmata*, tan común en los monumentos del cuarto siglo, y esto, dice el sabio Bottari, porque el horror que inspiraba este madero, en otro tiempo infame é ignominioso, subsistía todavía en parte en el alma de los convertidos. ¹

En cuanto á los crucifijos, las razones dadas más arriba hacen comprender que era preciso abstenerse absolutamente de exponerlo á las miradas de las asambleas primitivas, compuestas algunas veces de catecúmenos, de Judíos y de paganos, y siempre neófitos. Así, saber si existe alguno anterior á Constantino es una cuestión muy controvertida entre los arqueólogos. Los príncipes de la ciencia no creen difícil sostener la negativa. ²

Los sentimientos de amor, de fe, de resignación, de esperanza, inspirados por el sacrificio de Abraham, los primeros cristianos los tomaban con no menos abundan-

¹ Sandini, *Hist. fam. sacr.*, p. 175.

² . . . E questo perché non peranco era dissipato dallamente degli uomini, quantunque convertiti alla fede, l'orrore che avevano a quel legno già infame e ignominioso. — " . . . Y esto porque no se había dissipado enteramente en los que se convertían á la fe, el horror que tenían á aquel madero, ya infame é ignominioso. " — *Sculpture e Pitture sacre*, t. III, p. 173.

cia en la historia de José. Este cuarto cuadro de la gran galería subterránea desarrollaba los precedentes y no podía venir mejor á la situación de los fieles perseguidos. De allí viene que se le encuentre frecuentemente en las Catacumbas. José, figura del Salvador en sus pruebas y en su gloria, lo es también en su resurrección. La traslación solemne de sus huesos á la Tierra Prometida, cerca de los patriarcas, representa muy bien la vuelta del hombre á su patria, entre los bienaventurados, en el día de la resurrección general, para que los cristianos no hayan reproducido este dogma inspirador de sus virtudes, sostén de su valor y fuente de todos sus consuelos. Se le encuentra, en efecto, en una bella pintura de una crypta de las Catacumbas de San Calixto, publicada por Aringhi. ¹ Los Padres de la Iglesia con su elocuencia ordinaria daban á los fieles la explicación de la tierna epopeya del hijo de Jacob en la cual tenían cuidado de mostrar al divino Redentor y á la Iglesia su esposa, á los cristianos y á sus hijos. ²

Después del sitio de Tiro, Alejandro se dirigió á Jerusalem decidido á castigar á los Judíos por su adhesión á Darío; pues el gran sacerdote le mostró la historia de sus conquistas escrita largo tiempo antes en las profecías de Daniel. A esta lectura el vencedor sale como de un profundo sueño; se engrandece á sus propios ojos; la cólera hace lugar á la admiración y los Judíos se convierten para él en objeto de un interés que no se desmintió nunca. Tales debían de ser, si no me engaño, los sentimientos de los primeros cristianos cuando se les enseñaba la historia de su vocación, de sus pruebas, de sus victorias, tra-

¹ Lib. III, c. XXII, p. 311.

² Tertull. *lib. contr. Judaeos*; Origen., *Homil. I, in Exod.*; S. Aug., lib. XII, *contr. Faust.* etc.

zada á grandes rasgos, en la historia del antiguo pueblo de Dios.

¡Cómo debían engrandecerse sus ideas! ¡con qué facilidad debían palpar las relaciones tan íntimas y tan completas de su existencia y de la existencia del pueblo de quien eran sucesores! Para ellos la religión era un libro de partida doble, cuya publicación comenzaba en el origen del mundo; de un lado la figura, del otro la realidad. Así como el pintor que dibuja un retrato tiene sin cesar fijas sus miradas sobre el modelo, así el Dios de la eternidad, durante los cuatro mil años que había tardado en escribir este libro magnífico, había tenido la vista constantemente fija en la realidad de las figuras que salían de su pincel; y el cristiano se decía con trasporte: Esta realidad es la Iglesia; soy yo.

El tipo más completo del divino Legislador, Moisés, debía sobre todo arrancarle este grito de amor y de admiración. Así, el artista de las Catacumbas multiplica con una complacencia marcada el quinto cuadro de la gran galería. Pero hay cuatro circunstancias de la vida de Moisés que se encuentran más frecuentemente; el viaje á la montaña de Horeb para hablar con Dios, la recepción de las tablas de la ley, el milagro del agua brotando de la roca, y en fin, el maná cayendo del cielo. Estos grandes acontecimientos, más que los otros, eran ricos en instrucciones y propios para la situación de los neófitos.

En una pintura y en un bajo relieve de las Catacumbas de San Calixto, publicadas por Bósio y por Bottari, se ve al legislador hebreo apoyando un pié en una piedra y quitándose su calzado.

La mano misteriosa sale de la nube y anuncia la órden y la presencia de Dios, y se cree oír esta palabra: "Quitaos vuestro calzado, la tierra que pisais es una tie-

rra santa." ¡Era difícil á la vista de aquel cuadro hacer comprender al neófito que la santidad era para él la primera condición de su iniciación en los misterios de la fe? 1

Un *monumentum arcuatum* del cementerio de los Santos Marcelino y Pedro, representa á Moisés recibiendo la ley. El legislador está en pié, con un brazo levantado hácia una nube de donde sale la mano divina, que tiene el Código inspirado; pintando á Moisés en esta actitud se quería enseñar que Dios era el autor del Antiguo y del Nuevo Testamento; que la Iglesia era una, como la religión, y que los novadores, bastante atrevidos para sostener lo contrario, eran heréticos. 2

Dos compartimientos de la misma bóveda nos dan á conocer la actitud de los primeros cristianos en la oración. En memoria de Nuestro Señor en la Cruz, oraban con los brazos extendidos. No creían poder ser más agradables á Dios, sino presentándose ante él como la gran Víctima del Calvario, venerable costumbre observada todavía en nuestros días en todos los puntos del globo por el sacerdote en el altar. ¡Era acaso porque los paganos tenían conocimiento instintivo de la manera con que se presentaría un día la divina Hostia, por lo que tomaban ellos la misma actitud cuando se dirigían á los dioses en sus urgentes peligros? 3

Como quiera que sea, en la pintura de que se trata, se ve á un cristiano orando

1 S. Greg. Naz., "Orat. II, in Pascha;" S. Aug., Serm. XLII, de Sanctis.

2 VETUS TESTAMENTUM Deus condidit. — "Dios hizo el Antiguo Testamento." — S. Aug., "contr. duas Epist. Pelag.," lib. III, n. 10; Bottari, t. II, p. 175.

3 . . . Et pandere palmas.

Ante Deum delubra.

"Y agitaban palmas ante los templos de Dios." LUCRET., lib. V, v. 1199.

Ipsa gubernator tollens ad sidera palmas. "El mismo gobernador levantaba las palmas al cielo."

OVID. "Trist." lib. I, v. 10.

con los brazos extendidos. Está en pié, con el cuerpo cubierto con un manto que oculta la túnica, cuyas mangas están provistas en la extremidad de un adorno de púrpura. En un compartimiento inferior hay dos cristianas en oración; tienen la misma actitud, y sus vestidos anuncian una gran modestia. Allí se encuentran en práctica los consejos de los Apóstoles y las reglas disciplinares de los Padres de la Iglesia. 1 Sus velos están levantados y sus rostros descubiertos, lo que anuncia á las vírgenes cristianas. En efecto, era costumbre que las vírgenes cubiertas con un velo en público, se descubriesen para orar en las asambleas de los fieles. Se las distinguía por esto de las viudas y de las personas casadas 2 que, llevando velos en la Iglesia, iban en el público con el rostro descubierto.

Digamos de paso, para gloria del cristianismo, que el número de las esposas del Salvador fué bien pronto tan grande en medio de un mundo en que el emperador Augusto había tenido trabajos para encontrar seis Vestales, que los autores paganos lo deploran altamente. 3 Se ve,

1 Nam verus ornatus maxime christianorum et christianarum non tantum nullus facus mendax, verum ne auri quidem vestisque pompa, sed mores boni sunt. — "Pues el verdadero adorno de los cristianos y de las cristianas no fué ningún afeite fingido, ni tampoco la pompa del oro y de los vestidos, sino tenían las costumbres del bien." — S. Aug., Epist. 247.

2 Por la exigencia de que las vírgenes estuviesen en todas partes con velos, demuestra Tertuliano la costumbre de que hablamos: "Certe in Ecclesia virginitatem suam abscondant, quam extra ecclesiam celant. Timeant extraneos, habeant fratres; aut constanter andeant et in vicis virgines videri, sicut audent in ecclesiis." — "Ocultan ciertamente en la Iglesia la virginidad que cuidan fuera de ella. Teman á los extraños y respeten á sus hermanos; ó atrévanse constantemente las vírgenes á ser vistas en las aldeas, como se atreven á estar en las iglesias." — "De vetand. Virgin.," c. XIII.

3 Et licet quocumque oculos flexeris feminas adfatin multas spectare cerratas, quibus si nup-

pues, que en sus sofismas contra el celibato, los filósofos modernos están lejos de tener el mérito de la invención. Esta era la costumbre general que en alguna circunstancia derogaba el luto. Así en la Catacumba de Santa Priscila se encuentra en el arco de una crypta á una mujer en oración con los brazos extendidos y cubierta con sus cabellos.

Volviendo á la costumbre primitiva de orar con los brazos en cruz, añadiré que los protestantes hacen mal en decir que es inútil, puesto que Dios no mira sino el corazón y la intención; que es supersticiosa, puesto que es una invención de la Iglesia romana. Las pinturas de las Catacumbas son testigos irrecusables de la antigüedad de esta costumbre, que se remonta evidentemente á la época en que, según los protestantes, la Iglesia estaba pura de toda innovación y de toda infidelidad. Ellos no pueden, pues, sin contradecirse á sí mismos, tratarla de superstición. ¿Están mejor fundados para decir que es inútil? Los Padres de la Iglesia á quienes profesa gran veneración les dice desde hace quince siglos, que nada es inútil tratándose de lo que excita en el corazón sentimientos más vivos de humildad, de confianza y de compunción. Ahora bien, tal es el rito venerable de que se trata. 1

sisseat, per aetatem ter jam nixus poterat supplicare liberorum. — "Y adonde quiera que se dirija la vista se ven al punto muchas mujeres que, si se casaran, siendo ya de treinta años, podrían tener hijos." — "Amm. Marcell.," lib. XIV, c. VI; Bottari, t. II, p. 65, 174.

1 El pasaje de San Agustín es demasiado hermoso para dejarlo sin citar: "Nam et orates de membris sui corporis faciunt quod supplicatibus congruit cum genua figunt, cum extendunt manus, vel etiam prosternuntur solo, et si quid aliud visibiliter faciunt. Quamvis eorum invisibilis voluntas et cordis intentio Deo nota sit nec ille indigeat his indicibus ut humanus ei pandatur animus, sed hinc magis seipsum excitat homo ad orandum gemendumque humiliter atque ferventius. Et nescio quomodo, quam hi motus corporis fieri nisi motu anime praecedent-

Moisés tocando la roca es la tercera circunstancia de la vida del legislador hebreo que el arte primitivo reproduce más frecuentemente; se la encuentra pintada á menudo ó esculpida en todas las Catacumbas. Según la doctrina de San Pablo mismo, la roca del desierto es Nuestro Señor; la vara que la toca, añaden los Padres, es la cruz; las aguas que de allí salen son los torrentes de gracia, entre otros la purificación bautismal y la fuerza del martirio, bajados de las llagas del Hombre-Dios. El empeño de los Israelitas en recoger aquellas aguas tan deseadas, es una lección para los cristianos. 1 ¡Y qué motivo de confianza para los fieles perseguidos, proscritos, despojados de todo, el recuerdo de la brillante protección de Dios á su pueblo! Estas útiles enseñanzas ex-

te non possint, eisdemque rursus exteriori visibiliter factis, ille interior invisibilis, qui eos facit, augatur; ac per hoc cordis affectus qui ut berent ista, praecessit, quia facta sunt crescit." — "Pues los que están en oración hacen con los miembros de su cuerpo aquello que conviene á los que suplican cuando doblan la rodilla, cuando extienden las manos ó cuando se prosternan en el suelo, ó bien cuando hacen algun otro signo exterior. Aunque su invisible voluntad y la intención de sus corazones sean conocidas por Dios, y aunque no necesita de estas señales para que el hombre dé á conocer el espíritu, sin embargo, con ellas el hombre se excita á la oración y al arrepentimiento con más humildad y fervor. Y no sé cómo puedan hacerse estos movimientos del cuerpo sin preceder movimiento del alma; pues aquel que los hace interiores é invisibles y de nuevo los repite exterior y visiblemente, crece en animación; y este afecto del corazón que precedió á las acciones, una vez ejecutadas, crece bastante." — "De Cura gerend." pro. "Mort." c. V, n. 7.

1 Sed et fontem baptismi nobis atque martyrii eadem petra ostendit. De latere enim ejus, cum percussus est, sanguis et aqua processit, quod baptismum et martyrium figuravit. — "La misma piedra nos manifiesta la fuente del bautismo y del martirio. Cuando fué herido su costado, manó de él sangre y agua, que figuró el bautismo y el martirio." — Hier. in Isai., cap. XLIII; id S. Justin. Collog. cum Fryph; Aug., Serm. 29 y 86, De temp.

plican la reproducción multiplicada del mismo asunto.

El milagro del maná, más significativo y más tierno, no podía olvidarse. ¿No era un axioma de la primitiva Iglesia que sin la Eucaristía era imposible el martirio? Pues tanto cuanto era necesario el misterio del amor y de la fe, otro tanto estaba prohibido revelarlo abiertamente. Para dar de él una idea á los que lo ignoraban, como para recordarlo á los que ya lo conocían, se le representaba bajo símbolos. Uno de los más ciertos era el maná caído, satisfaciendo á todos los gustos, sosteniendo al pueblo viajero en sus largas luchas contra las naciones que le obstruían el camino de la Tierra Prometida y que no cesó sino hasta el momento en que pone el pié en la herencia prometida á sus padres. Así, en una de las bellas cryptas de las Catacumbas de San Calixto se ve á Moisés enseñando siete cestos de mimbre llenos de maná y en el compartimiento inmediato á Nuestro Señor teniendo en los pliegues de su túnica un cierto número de panes marcados con una cruz. La figura y la realidad están colocadas la una al lado de la otra, pero ocultas bajo apariencias. Se ve que el arte cristiano no se atreve á hablar más claramente. 1

Los fieles, seguros del éxito de la gran lucha que sostienen contra César y contra el mundo sometido á sus órdenes, tenía necesidad de conocer la suerte de sus perseguidores. Faraon sumergido en el mar con su ejército acababa de enseñársela. En un hermoso sarcófago de las Grutas Vaticanas se ve al príncipe egipcio subido en un carro agitando sus corceles que se sumergen en las olas, encima de las cuales se ven también las cabezas de algunos soldados, mientras Moisés de pié en la orilla opuesta, extiende la vara milagrosa.

1 Bottari, tom. II, pág. 356; Bosisio, lib. V, cap. XVII.

y ordena la destrucción de los Egipcios. 1

Siguiendo su magnífica misión, el arte primitivo entra en todos los pormenores de la vida tan grande y tan laboriosa de la Iglesia naciente, y bajo nobles figuras pinta vivamente á los ojos de los neófitos. Ya es el arca de la alianza, doble símbolo del Dios que les protege y de la divina Madre que les dió el Redentor por quien combaten; 2 Sanson que quita las puertas de Gaza y que les muestra al Dios de la vida saliendo del sepulcro y les anuncia que romperá las puertas de su prisión subterránea; 3 ya es David combatiendo contra Goliath, en quien ellos contemplan á su divino jefe echando por tierra á Nerón, á Domiciano, Valeriano y á todos los otros gigantes que les insultan y les oprimen; 4 ya Elías subiendo al cielo en un carro de fuego y que les dice: "La fe ardiente es el carro de triunfo de los mártires," luego arrojando su capa á su discípulo Eliseo, agrega: "El espíritu del Señor está sobre vosotros; espíritu de caridad, de luz, de profecía y de santidad que jamás abandonará á la Iglesia." 5

Si queremos visitar la Catacumba de San Tertuliano ya es tiempo de interrumpir nuestro estudio; algunos días todavía bastará apenas para leer las principales páginas del arte primitivo. Dejando á la derecha la Vía Latina, se encuentra en las viñas y entre los despojos de los mausoleos paganos, no lejos del cementerio de San Simplicio, la entrada de la Catacumba de San Tertuliano, el Tobías de la primitiva Iglesia.

Se estaba en lo más fuerte de la perse-

1 Bottari, tom. I, 170.

2 S. Cyrill. Alex, dean *Incarnat Verb.*, c. X; S. Ambr., Serm. 25, *pro Com. con.*

3 S. Aug. Serm. 107; S. Greg. Hom. 21, in *Evangel.*

4 S. Max. Taurin. *Test. de SS. Martyr*; Rupert. *de Trinit et Oper.*, lib. V, cap. XV.

5 S. Greg. lib. XXXIV, *Marab.*, in Cup. 42 Job.

cución de Valeriano. Por activa que fuese la piedad de los fieles, no era bastante para sepultar las víctimas cosechadas todos los días por la espada de los verdugos ó marcadas por los dientes de las fieras. Un pagano movido de compasión, se puso á recoger aquellos cuerpos abandonados; entre otros, dió sepultura á doce miembros del clero de Roma, martirizados en la Vía Latina, no lejos del acueducto de Claudio. Este acto de caridad le mereció la gracia poderosa de abrazar el Evangelio. Fué bautizado por el Papa San Estéban y fué ordenado sacerdote estando aún revestido con la blanca túnica de los catecúmenos, y continuó por instancias del Pontífice el ejercicio de su caritativo pero peligroso ministerio.

Dos días después de su bautismo fué arrestado Tertuliano y conducido al tribunal del emperador. Se le acusa de haber entregado los tesoros de su señor Olímpio. "Si quereis los tesoros de mi señor, dijo él al emperador, deseais la vida eterna que mi señor ha recibido en cambio de sus riquezas percederas." Valeriano afectó tenerlo por loco y mandó que le golpearan con varas y le quemasen las costillas con antorchas ardiendo. Satisfecho con este agradable espectáculo se retira el emperador y abandona á la víctima á un magistrado llamado Sapricio. Este digno ministro de su amo, manda levantar su tribunal en la plaza Mamertina y ordena que extiendan al mártir en el caballete, que le rompan los dientes y le corten los nervios. Después de estos horribles tormentos le manda cortar la cabeza. 1 El Papa San Estéban recogió sus restos preciosos y los depositó en la Vía Latina, cerca de los numerosos mártires que Tertuliano mismo había inhumado.

Descubierta la Catacumba de Tertuliano en 1687 por empeño del prelado Guiz-

1 Boldetti, lib. II, c. XVIII, p. 563.

zardi, solo presentó algunos *loculi* perfectamente cerrados. Esta circunstancia ha hecho dudar de que el santo mártir haya sido sepultado en este cementerio, pues su cuerpo exhumado por el Papa San Pascual I, descansa hoy en la iglesia de Santa Praxedis con los doce eclesiásticos de que hemos hablado. Pero parece fácil fijar las incertidumbres. Se sabe que la Catacumba de San Tertuliano está contigua á la de San Simplicio. Ahora bien, nada impide suponer que el glorioso mártir fuese depositado en los límites de aquella última Catacumba, y que alguno de sus cuarteles (de ésta) haya tomado su nombre. 1

19 DE ENERO.

Catacumbas de la Vía Lavicana.—Catacumbas de los Santos Tiburcio, Marcelino, Pedro y Elena.—Historia.—Pinturas.—Parte histórica.—Job.—Los tres niños en el horno.—Daniel en la cueva de los leones.—Jonás.—Ezequiel.—Catacumba de los Santos Claudio, Nicostrato, Sinfioriano, Castório, Simplicio, y de los cuatro Santos Coronados.—Historia.

La Vía Lavicana, que conducía al antiguo Labicum, hoy *Colonna*, situada en las montañas entre Frascati y Tivoli, estaba, como las otras Vías romanas, limitada por templos y sepulcros. Se cita, entre otros, el *Fanum Quietis*, Templo del Descanso, y el mausoleo del emperador Didio. La urna sepulcral de Alejandro Severo y de su madre Mamea, encontrada en la misma direccion, hace suponer que tenían tambien sus sepulcros en la Vía Latina. Como quiera que sea, á los monumentos suntuosos de los señores del mundo, como á los *puticuli* de los esclavos y del bajo pueblo se han sucedido los gloriosos sepulcros de nuestros mártires. La primera Catacumba que se presenta al viajero de Roma que

1 Bar., *Martyr.* 4 de Agosto; id, *Ann.* t. II, an. 260, núm. 3.

sale por la *Puerta Mayor* es la de los santos Tiburcio y Marcelino. En las actas de los mártires lleva muchas veces el nombre *Ad Duas Lauros*, sin duda á causa de dos laureles plantados en el lugar que ella ocupa. No se hace mención de ella en el reinado de Diocleciano. En esta época fué inmortalizada por los combates de San Tiburcio que le dió su nombre.

Tiburcio era un jóven senador romano de un ilustre nacimiento y de una notable belleza. Acababa de abrir los ojos á la luz de la fe, cuando el Papa Cayo, viendo la espantosa persecucion de Diocleciano pronta á caer sobre la Iglesia, convoca un domingo á los cristianos de Roma á la casa de Cronacio, padre de Tiburcio, y conforme al espíritu del Evangelio les dice que elijan entre huir ó permanecer en Roma con él. Tiburcio exclama que no quiere abandonar al obispo de los obispos y que es dichoso con dar mil veces su vida por su Redentor. La asamblea se disuelve y el Papa Cayo con una parte de los cristianos va á ocultarse al palacio mismo del emperador. Debieron este extraño asilo á Cástulo, intendente de los Zetos, es decir, de las pequeñas habitaciones colocadas en la parte superior de la morada imperial. 1

Pero el celo de Tiburcio no podia quedar inactivo; sale á la ciudad y hace gloriosas conquistas. Un falso hermano llamado Torcuato, le denuncia y le causa el arresto. El jóven senador fué conducido

1 Zetarii dicebantur qui praefecti erant zetis; erat quippe zeta (ut tradit Plinius, lib. VI, *Epist.* V) locus capax unius lecti cum duabus sellis, qui velis obductis et reductis modo adiciebatur cubiculo, modo auferebatur, ac proinde portatile quoddam cubiculum.—“Llamábanse camareros los que eran prefectos de la cámara; la cámara (como dice Plinio en el libro VI, *Epistola* V) era un lugar capaz de contener un lecho con dos sillas, que á veces para ser conducido se agregaban ó se quitaban, y por esto era como un cubículo portátil.”—Bar., *An.* 286, n. 9.

ante Fabian, prefecto de Roma, y le obligaron y le suplicaron que no deshonrase su nombre con una muerte ignominiosa. “¡Oh el más prudente de los hombres, grave magistrado de los Romanos! exclama Tiburcio; ¿deshonro á mi familia y mancho mi nombre, porque me niego á adorar á Venus la impúdica, á Júpiter el incestuoso, á Mercurio el engañoso, á Saturno el comedor de niños?” Fabian, cortando la discusion, manda llevar carbones encendidos y le dice: “O vas á andar descalzo sobre estos carbones, ó vas á arrojar incienso en honor de los dioses; elige.” Tiburcio por toda respuesta quita su calzado y anda sobre los carbones incandescentes y dice á Fabian: “Son dulces y frescos como las rosas.” 1 Fabian se levanta y manda que le lleven á la Vía Lavicana y le corten la cabeza, lo cual se ejecutó el 11 de Agosto del año 286. 2

Ademas, Tiburcio contaba en su familia dos de aquellas heroínas tan comunes en las edades de la primitiva Iglesia, que no podían abandonar el sepulcro de su ilustre pariente. Lucila y Fermina pasaban los dias y las noches en compañía del mártir. Un dia se les apareció Tiburcio con los santos Marcelino y Pedro y las dijo que sepultasen cerca de él á aquellos dos mártires inmolados en la Vía Corneliana, en el lugar llamado *Sylva Nigra*. La noche siguiente el coche de Santa Lucila llevaba á la Vía Lavicana los preciosos despojos recogidos por ella y por su noble hermana. Tales son las primeras glorias de aquella Catacumba. Antes de dar á conocer las otras, es bueno agregar acerca de los santos mártires un detalle que el Papa Dámaso nos ha transmitido.

En la historia de la Iglesia naciente

1 Videtur quod super flores roseos gradior.—“Parece que camino sobre flores y rosas.”—Bar., t. II, an. 286, n. 22.

2 Bar., *ibid.*

marchan al frente dos hechos incontestables: el celo intrépido de los cristianos en recoger los cuerpos de los mártires y el cuidado extremo de los paganos en privarles de este consuelo. Pues bien, el verdugo de los Santos Marcelino y Pedro contaba al Papa Dámaso, que era todavía niño, que él habia arrastrado á sus víctimas en medio de zarzas y que allí las habia ejecutado á fin de que sus cuerpos se perdiesen para los cristianos. 1 El no sabia que el Dios de los mártires velaba sobre ellos.

El 18 de Agosto del año 328 la emperatriz Santa Elena, madre de Constantino, fué depositada cerca de los santos mártires, y á sus nombres gloriosos añadió la Catacumba de la Vía Lavicana el de la ilustre princesa. Por amor hacia su madre y por veneracion hacia los santos mártires, mandó Constantino erigir sobre sus gloriosos sepulcros una magnífica basílica de la cual se ven todavía algunos restos llamados por el pueblo de Roma *Torre Pignatorra*. 2 Una pequeña iglesia consa-

1 Hæc omnia Damasus, cum lector esset et adhuc parvulus, didicit ab eo qui eos decollaverat, et postea factus Episcopus, in eorum sepulcro his versiculis declaravit:

Marcellina, tuos pariter, Petre, nosce triumphos:
Percussor retulit Damasus mihi, cum puer essem,
Hæc sibi carnificem rabidum mandata dedisse,
Sentibus in mediis vestra ut tunc colla secaret,
Ne tumulum vestrum quisquam cognoscere posset:
Vos alacres vestris manibus mundasse sepulchra,
Candidulo occulte postquam jacuistis in antro;
Postea commonitan vestra pietate Lucillam
Hic placuisse magis sanctissima condere membra.

“Todas estas cosas fueron referidas á Dámaso, siendo lector y niño, por el que les degolló; y despues, siendo obispo, mandó colocar en el sepulcro de los mártires estos versos:

“¡Oh Marcelino, conoce tus triunfos, y tú igualmente, ¡oh Pedro! El verdugo me refirió á mí Dámaso, siendo niño, que le dieron orden á él, verdugo rabioso, de cortaros la cabeza entre los espinos, para que nadie pudiese conocer vuestro sepulcro; vosotros cavasteis alegres los sepulcros con vuestras propias manos; en seguida yacisteis ocultamente en vuestra clara gruta; despues Lucila, movida por vuestra piedad, descubrió y colocó en este lugar vuestros santos miembros.”—Baron., *An.* t. II, 302.

2 Pro amore matris et venerationem sanctorum.—Anast., *in S. Sylvest.*